

como usted... Se trata de un hombre muy considerado y extremadamente rico...

— ¡ Oh ! Bella, ¿ qué puede importarle á usted eso ?

— Me importa sin duda, respondió la joven con sencillez. He vivido siempre en el lujo y en la abundancia y me costaría trabajo el encontrarme en una posición modesta. Cuando yo era niña, mi padre era poderoso como un rey y crecí en su palacio en medio de servidores humildes y de cortesanos. Mi existencia era espléndida. Los jardines de la Presidencia con sus arboledas llenas de las flores más raras y los más vistosos pájaros, se ofrecían á mi para mis juegos. Tenía para acompañarme alegres y encantadoras mulatas y estaba acostumbrada al brillo fastuoso de los soberanos. Cuando murió mi padre y dejamos el palacio ante el motín triunfante, mi madre y yo nos refugiamos en un barco de guerra con una escolta de príncipes, y en Chile, donde nos refugiamos, nos encontramos tan ricas como siempre. Cuando mi madre se casó con el señor de Maillane fué cuando nuestra vida se hizo más modesta, no porque nuestros recursos fuesen menores, sino porque su padre de usted no quería llamar la atención. Pero siempre en el interior de mi casa reinó una profusión que no cambió en nada mis costumbres. Puede usted pensar que si de la noche á la mañana tuviera que reducirme á una economía de mediana fortuna, sería ese un cambio muy violento. No despreciamos, pues, la riqueza en un pretendiente, pues es una cualidad muy apreciable.

— Quiero creer que á los ojos de usted no es la más importante...

— No, ciertamente.

— La juventud, el talento, el amor, deben ser tenidos en cuenta...

— El talento y el amor, sí... Pero la juventud no es tan indispensable. Cuando el general Hernández se casó con mi madre, tenía cincuenta años y la barba blanca... Pero era la primera persona de la nación y estaba apasionadamente enamorado. Mi madre no tuvo en cuenta su edad... Era un héroe, que acababa de derrotar tres ejércitos... No vió sus arrugas, seducida por su gloria. Mi madre tenía diez y seis años y fué mujer del dictador...

— ¿ Pero le ofrecen á usted un héroe ?

— No. Los héroes son escasos. Se trata solamente de un hombre de negocios muy hábil, que ha hecho una gran fortuna, que está enamorado de mí y que quiere ofrecerme todo lo que posee...

— ¿ Tiene usted necesidad de eso ?

— Yo no tengo nada. Mi madre no tiene más que treinta y cinco años... Me dotará. ¿ Pero qué es un dote? Unos cientos de miles de francos... Mi madre tampoco tenía nada cuando el general Hernández se casó con ella... Por lo demás, no hubiera podido rechazarle, porque el dictador hubiera mandado fusilar á cualquier rival. Era omnipotente y no se le podía resistir.

— Pero, querida Bella, estamos en Francia, donde las uniones se contratan libremente y donde no se puede fusilar á las personas que molestan, lo que sería, después de todo, una larga tarea. ¡ Qué ! siendo usted dueña de su voluntad ¿ no ha rechazado en seguida y con horror la proposición que le han hecho ?

— No. He querido consultar á usted.

— Pues bien, yo no disimulo mi opinión.

— La expresa usted, por el contrario, con mucho calor.

— ¿ Cómo podría no ser así ! Usted, tan encantadora,

entregada á un viejo porque es rico. Ese sería el más repugnante de los tratos. Vender su belleza de usted y su juventud ¿á cambio de qué? No hay que hacerse ilusiones, usted misma lo ha dicho : por dinero. ¡ Y no se subleva usted ante esa idea !

— En nuestro país estamos todavía tan cerca de la esclavitud, que miramos esa cuestión desde un punto de vista enteramente particular... No nos parece extraordinario ni humillante que un hombre compre su mujer...

— Que se la vendan, puede pasar. Pero, al menos, que no lo haga ella misma.

Bella le miró, conmovida por la violencia de su protesta.

— ¿ Es preciso, entonces, que rehuse ?

— Sí.

— ¿ Por qué ?

— Ya lo he dicho.

— No, no me ha dado usted todas las razones.

Una sonrisa se dibujó en sus bellos labios y sus ojos oscuros se entornaron dejando caer sobre ellos la sombra de las pestañas. Estaba así tan irresistiblemente bonita, que Pedro abandonó toda reserva y cogiendo la mano de la joven, la atrajo hacia él y le dijo al oído :

— Es preciso rehusar, Bella, á fin de guardarse para mí, que no podría vivir sin usted. Es preciso rehusar, porque yo sería desgraciado para siempre si perteneciese usted á otro. Todos los argumentos que he aducido no tienen gran valor; no hay más que uno importante, y ese es que amo á usted.

Bella levantó los ojos hasta Pedro y le miró con complacencia. Después le apretó la mano en señal de acuerdo, y le dijo :

— He ahí, en efecto, una buena razón. Rehúsare, puesto que usted lo quiere. Pero usted, Pedro, es pobre, como yo. ¿ Qué haremos para vivir ?

— Reemplazaremos el lujo con la dicha.

Bella contestó bromeando :

— Y después, su padre de usted le ama y tiene tantos millones, que, de acuerdo con mi madre, encontrará el medio de darnos algunos, los indispensables para no estar en la miseria.

La frente de Pedro se obscureció.

— ¿ No haría usted ningún sacrificio por el hombre á quien amase ? preguntó gravemente. ¡ Es tan fácil privarse de las cosas superfluas que le parecen á usted indispensables !... Ya verá usted, Bella; una vida sencilla tiene muchos atractivos... El lujo es una carga...

— ¡ Ah ! Habla usted como un cura, exclamó la joven. Había en Santiago un padre Antonio que predicaba en la capilla del Evangelista y decía como usted : « Nada de lujo... ¡ Privaciones ! ¡ Privaciones ! » Cuando venía á comer á casa y en el momento en que se estaba bebiendo religiosamente buenas copas de jerez, mi madre le decía siempre : « Padre Antonio, el jerez es un vino de lujo... ¡ Privaciones ! ¡ Privaciones ! » Pero él continuaba empujando el codo como si no le dijieran nada. Deje usted las privaciones á los que estén obligados á sufrirlas, querido Pedro, y bebamos el jerez de la casa, como el padre Antonio.

Y al hablar así, la joven reía con tal expresión de contento, que Pedro no tuvo valor para seguir discutiendo. Le amaba... ¿ Qué más quería él ? La cogió del brazo y echó á andar muy despacio con ella al lado de los rosales en flor que embalsamaban el aire de la mañana. Después de unos instantes, dijo :

— No me ha dicho usted quién era su pretendiente.

— ¿Qué necesidad hay de que usted lo sepa?

— No me será difícil adivinarlo. Aquí el personal es poco numeroso. Descartemos desde luego á Remancón. Quedan Barandet y Claudio Brun. ¿No es Barandet?

— No.

— Entonces es el otro.

Permaneció un instante pensativo y dijo con seriedad :

— En efecto, no es un cualquiera y merece ser discutido. No le creo indiferente, sino más bien temible. El amor, para un hombre de esa edad, es la suprema locura, que se apodera de él desesperadamente... ¿Qué le ha respondido usted?

— Que yo no dependo de mí...

— ¿No ha insistido para explorar sus sentimientos de usted?

— Con obstinación; casi con importunidad. Estaba como fuera de sí. Pero yo no me intimidé fácilmente y sus súplicas no me producían turbación alguna. Su voz suplicante y prometedora no llegaba á mi corazón.

— ¿Acaso porque pertenece á otro?

— ¡ Es probable!

— ¡ Querida Bella!

Llegaban á la terraza, cerca de la casa, y la joven, que llevaba en la mano su canastillo lleno de mimosas y de rosas, señaló á una ventana del primer piso, y dijo :

— Vea usted; mi madre nos está mirando. Prevengo á usted que voy á contárselo todo.

— Y yo voy á hablar con mi padre.

Los dos se separaron risueños y radiantes. Pedro atravesó el vestíbulo, miró á Bella que subía la escalera graciosa y ligera, y cuando la perdió de vista, entró sin llamar en el despacho de su padre. Un hom-

bre estaba trabajando en el escritorio, y Pedro reconoció contrariado á Claudio Brun. Éste empujó los papeles que tenía delante, hizo girar el sillón en que estaba sentado y se encontró frente á frente con Pedro. Le miró con una atención singular, como si quisiera leer en su cara, y dijo, señalándole un asiento al lado de la chimenea, todavía encendida en aquella mañana de primavera :

— ¿Busca usted á su padre? No vendrá antes de almorzar. Ha tenido que ir á la estación. Piensa marcharse á París dentro de unos días.

— ¿Solo?

— No; con toda la familia. Su mujer tiene ganas de inaugurar el hermoso hotel de la avenida Hoche... Quiere enseñar á su hija la gran ciudad.

Al oír estas palabras Pedro se ruborizó. Le pareció que Claudio sonreía con aire burlón. ¿No cambiaría Bella de resolución en la vida suntuosa que le preparaba su madre? Estaba muy dispuesta á amar el lujo, según había confesado sencillamente. ¿No se apoderaría de ella otra vez el gusto de las grandezas que había descrito á su amigo con tanta complacencia? Bella reconquistada por la vida fútil y ruidosa de las mujeres del gran mundo, estaba perdida para él. Pensó que si Claudio le miraba con aquella sonrisa de ironía era porque participaba de esa misma certeza.

— Acaba usted de hablar con Bella, dijo Brun: ¿no le ha anunciado á usted el viaje?

— No.

— Hablarían ustedes de cosas tan interesantes, que lo habrá olvidado... Ó su madre, acaso, no se lo habrá prevenido... Pero lo importante es que se va.

Pedro, decidido á provocar una explicación, preguntó con dureza :

— ¡Importante! ¿Para quién?

Claudio Brun no pestañeó. Encogió los hombros, estiró un brazo, cerró los ojos como un gato que ronca de satisfacción, y respondió:

— Para ella. Sólo tengo en cuenta su interés. Lo demás no significa nada para mí.

— Lo sé.

La mirada de Claudio salió de sus pupilas viva y penetrante como una flecha.

— ¡Ah! ¿Se lo ha dicho á usted ella?

— Hace un instante.

— Eso prueba una gran confianza.

— ¿Le extraña á usted?

— No; pero estoy celoso de ella.

Ambos se midieron en silencio; el uno mostrando orgullosamente su robustez y su alta estatura y el otro bajando la cabeza canosa con una astuta humildad.

— ¡Ah! dijo Claudio; tiene usted muchas ventajas, joven, y estoy pensando si no haría mejor en desaparecer, en vez de luchar contra usted. Porque nos disputamos la misma mujer con probabilidades muy diferentes, por desgracia. Las de usted son grandes; las mías medianas, y si no estuviera muy seguro de que el interés de Bella exige que persista, hubiera ya abandonado la partida. Pero creo necesario para su dicha que no se case con usted... Estoy convencido de que no sería dichosa... Ya ve usted cuánta es mi sinceridad.

Y se sonrió de nuevo con expresión astuta y cruel.

— ¿Por qué no sería dichosa? preguntó Pedro.

— ¡Ah! ¿Quiere usted que le explique sus asuntos, que le señale sus defectos, que le muestre sus debilidades? ¿Estoy yo aquí para dar á usted lecciones?

Miraba á Pedro al hablar así y su cara expresaba una desdeñosa maldad.

— Si quiere usted ponerse al corriente en ese punto, añadió, vaya á consultar al doctor Appel.

— ¿Qué tiene que hacer el nombre del doctor en nuestra conversación, señor mío?

— Muchas cosas, joven, muchas. Es un sabio analista y un fisiólogo eminente que conoce todos los misterios de la naturaleza humana y explica sin dificultad los movimientos de nuestro ser. Él demostrará á usted como dos y dos son cuatro que la hijastra de Dartigues no puede ser la nuera de la señora de Appel... ¿Lo sospechaba usted, eh? El doctor le confirmará esa sospecha. Vaya usted, vaya á consultarle...

— Puede usted ahorrarse los consejos. Sé lo que debo resolver sin tener en cuenta su opinión.

— No hay que despreciar á nadie. La persona á quien se tiene por insignificante, se convierte á veces en árbitro de nuestra suerte. Usted no puede nada contra mí, mientras que yo puedo mucho contra usted. Usted no sabe quién soy yo ni de dónde vengo, y yo le conozco á usted desde el día en que nació hasta el minuto presente; leo en su existencia como en un libro, penetro su pensamiento y adivino las consecuencias que puede traer. Créame usted, joven, es una gran desgracia para todo el mundo que haya usted entrado en esta casa.

— Es la casa de mi padre, interrumpió Pedro.

— Precisamente por eso hubiera sido preciso no venir. Trae usted la discordia, el sufrimiento y la vergüenza.

— ¿La vergüenza para quién?

— Ya lo verá usted si se obstina. Si no se marcha usted sin volver la cabeza, nada podrá conjurar la mala sombra que ha proyectado usted sobre todos los que viven aquí.

Pedro prorrumpió en una carcajada que dió un sonido falso, y dijo con gesto de desdén :

— Es fácil comprender la estratagema. Me cree usted más simple de lo que soy y quiere asustarme con sus aires de misterio y sus palabras oscuras...

— ¡Era de esperar! dijo con tranquilidad Claudio Brun. No hay ejemplo de que un hombre haya jamás aprovechado las enseñanzas que se le dan. Es lo clásico. En los muros de Troya, Casandra lamentaba ya la derrota, los griegos estaban en el caballo de madera, y todavía los sitiados se reían de sus advertencias. ¡ Ría usted, joven! Es lo propio de su edad. Pero no reirá usted siempre.

— ¡Acabemos! dijo Pedro con altivez. Ha encontrado usted la ocasión de decirme que somos rivales y que obraría como un sabio dejándole el campo libre. Pero yo creo que si le escuchase, Bella estaría poco satisfecha de mi docilidad y encontraría que renunciaba á ella muy fácilmente. No tengo tal intención. La amo apasionadamente, y aunque tenga, para obtenerla, que superar algunas dificultades, la victoria final no puede escapárseme á pesar de todos esos pronósticos.

— Claudio Brun hizo un gesto evasivo. Se levantó, cogió las cartas que había escrito, y dijo saludando al joven :

— Allá usted. No tengo autoridad para detenerle al borde de una tontería. Pero, oiga usted, el coche entra en el patio. Su padre de usted viene y es inútil que nos encuentre juntos. Reflexione lo que le he dicho. Su mejor amigo no le hubiese hablado de otro modo. Algún día se convencerá usted...

Salió y Pedro se quedó solo. En el vestíbulo se oía ya la voz de su padre que estaba dando órdenes. Se

abrió la puerta y apareció Dartigues con cariñosa sonrisa.

— ¿Hace mucho tiempo que me estás esperando?

— No; acabo de llegar y he estado en el parque con Bella.

— ¡Ah! ¡Ah!

La cara de Dartigues se puso benévola y abierta, como si esperase una confidencia.

— Me estaba despidiendo de ella.

— ¡Cómo despidiéndote! ¿Te vas?

— Tengo que volver á París.

La mirada del padre se obscureció. Había comprendido que era la madre la que le llamaba.

— ¿Cuánto tiempo estarás allí?

— No lo sé.

— En todo caso no estaremos separados mucho tiempo porque nosotros vamos á pasar la primavera en París. Esas señoras lo desean.

— Ya lo sabía.

— Como comprendes, hasta el fin del periodo electoral, yo iré y vendré con frecuencia... ¿Ha sido Bella la que te ha anunciado nuestro viaje?

— No, ha sido el señor Brun.

— ¡Ah! ¿Claudio? ¿Habéis hablado?

— Sí, mientras le esperaba á usted.

Dartigues se puso frente á Pedro é interrogándole con la mirada al mismo tiempo que con la voz, le dijo :

— ¿Qué te ha dicho?

Pedro respondió con fría firmeza :

— Que he traído conmigo la desgracia al entrar en esta casa.

— ¡Ah! ¿Ha dicho eso? ¡El imbécil! Está bien en su carácter cauteloso y escamón. ¡La desgracia! ¿Para

quién? Para él, sin duda. ¿No te ha dicho más que eso?

— Ese ha sido el final de nuestra conversación. Pero había hablado á Bella y sabía que yo también lo había hecho.

— ¡Estaría furioso!

— No, estaba muy tranquilo y muy sarcástico. Me ha dicho que ama á Bella y que en interés de todos debía yo retirarme, desaparecer y cedérsela.

— ¿Tú también la amas entonces?

— Con todas las fuerzas de mi alma. Y pido á usted como el favor más grande que me ayude á conseguir que sea mi mujer.

— ¡Querido hijo mío! No habrás dudado, supongo, de mi buena voluntad. ¡Casarte con Bella! ¿No sería tenerte dos veces por hijo?

— ¿La obtendré entonces? exclamó Pedro con un vivo movimiento de alegría.

— Sí, si no depende más que de mi.

Estas sencillas palabras hicieron caer en un instante el entusiasmo de Pedro, que vió delante de él la cara burlona de Claudio diciéndole que consultase al doctor Appel. Recordó con el corazón oprimido, que, en efecto, no dependía sólo de Dartigues que él se casase con Bella y que tenía que contar además con autoridades morales muy poderosas. La parte oscura de su situación hacía quince días se aclaró de repente. Se vió colocado entre su padre y su madre, separados hacía veinte años, indiferentes, si no hostiles el uno para el otro y no teniendo ningún punto de vista común. Dos partidos, en fin, inclinados sin duda á encontrar malo lo que el otro encontrase bueno.

Empezaba á comprender la seguridad de su rival y el sentido de sus declaraciones. Vió que el mismo Dar-

tigues preveía los impedimentos puesto que le prometía entregarle Bella « si dependía de él. » Había visto, sin embargo, qué clase de hombre era su padre y que nada resistía de ordinario á su energía y á su habilidad. Para que no previese el éxito como seguro, era preciso que las dificultades fuesen grandes. ¿Y de quién debían venir? De su madre y de Appel, á quienes conocía como prontos á todas las abnegaciones y á todos los sacrificios.

¿Qué insuperable obstáculo existía en el fondo del pasado para impedir todo acuerdo entre aquellos seres que separadamente le eran favorables? ¿Quién era responsable de ese disintimiento? ¿Á quién tendría que condenar? Recordó entonces estremeciéndose las confidencias de Amandine : « Maillane, en su primer matrimonio, debió tener desgracias... » ¡Qué! ¿Su madre?... Los ojos de Pedro se humedecieron y sintió un dolor intolerable. ¡No! No era posible. Aquella mujer tranquila y grave, con su cabello blanco... La dulce consoladora de sus penas de niño... ¡No! ¡No! ¡Su madre no había pecado! ¡Era respetable, pura y santa!...

¿Su padre entonces?... Ahí estaba su tortura, en tener que acusar al uno para absolver al otro. No sabía nada, no adivinaba nada, y en su ignorancia, manchaba á los dos seres á quienes hubiera querido adorar piadosamente.

Miró á su padre. Dartigues respetaba sus reflexiones, y acaso seguía mentalmente sus fases dolorosas, sentado en el sillón que antes ocupaba Claudio, y casi inconscientemente estaba trazando líneas con un lápiz en una hoja de papel. Su cara estaba pálida y los nervios de sus mejillas se estremecían de vez en cuando. Vió en la cara de su hijo el reflejo de sus propias

angustias, y leyó el temor en sus ojos. Se levantó entonces precipitadamente, le estrechó con fuerza en sus brazos y le dijo con voz temblorosa :

— ¿Qué tienes, hijo mío?

Pedro, al oír estas tiernas palabras, dejó escapar las lágrimas, y contestó sin disimular su emoción :

— ¡Estoy inquieto y soy desgraciado!...

Dartigues iba ya á abrir la boca para interrogarle, pero sus labios permanecieron mudos. Pareció que retrocedía ante una explicación que no podía ser sincera por su parte. Siguió silencioso abrazado á su hijo y por fin murmuró :

— Suceda lo que quiera, Pedro, prométeme que no olvidarás cuánto te quiero.

— ¿Pero cómo lo he de olvidar? respondió el joven con ansiedad.

— Prométeme, continuó Dartigues, que sea lo que quiera lo que te digan contra mí, no creerás nada sin darme la ocasión de explicarme.

— ¿Qué teme usted, pues? preguntó Pedro.

— Nada, si tienes confianza en mí. Todo, si escuchas á los que tendrán interés en perjudicarme á tus ojos.

— ¿Quiénes pueden ser?

— ¡Ah! Hijo mío, demasiado pronto lo sabrás. No sé qué se proponen ni qué harán. Pero recuerda bien esto : yo lo sacrificaré todo, todo, para que seas dichoso.

Al oír estas palabras calurosas, le pareció á Pedro que recobraba la vida y su corazón oprimido se dilató. Estrechó la mano de su padre y le dijo :

— Cuento usted conmigo. No olvidaré nunca lo que acaba usted de prometerme.

— ¿Cuándo te vas?

— Ahora ya, lo más pronto posible. Vivir así no es vivir.

— Entonces ¿esta noche?

— Si, esta noche.

Se callaron porque la mujer de Maillane y Bella acababan de entrar.